

## LA HOMBRÍA DEL CUERPO<sup>1</sup> MASCULINIDAD Y RESPETO DESDE LOS GIMNASIOS CALLEJEROS DE CARACAS

Henry Moncrieff<sup>2</sup>  
henrymoncrieff@gmail.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Fecha de recepción: 08 de diciembre de 2013

Fecha de aceptación: 15 de enero de 2014

### Resumen

Del contexto venezolano se ha señalado la transgresión de lo normativo y la imposición sobre el otro, prácticas que comprometen a los hombres en la reproducción de sistemas de poder, experiencias personales y estrategias que responden a una visión de la hombría. Estos elementos son reflejados en un ideal de masculinidad apreciado en Caracas, ciudad donde poseer seguridad deviene en rasgo diferencial, donde las cuotas de respeto funcionan como identidad prestigiosa y donde el éxito material es una imagen compulsiva de virilidad. Este modelo no es único y unánime; existen espacios para modelos alternativos. En este estudio, se analiza uno de estos modelos, el de una masculinidad representada y construida desde lo corporal, por lo cual, se estudian las vivencias y subjetividades de los grupos masculinos que concurren los gimnasios callejeros de una ciudad que no celebra sus características sociales, psicológicas y corporales.

**Palabras claves:** Masculinidad; género; violencia; respeto; corporalidad; Caracas; identidad personal; dinámica y cambio cultural.

### Abstract

Of the Venezuelan context there's been shown the transgression of the normative and the imposition above the other, practices that engage men in the reproduction of power systems, personal experiences and strategies that respond to a vision of manhood. These elements are reflected in the ideal of masculinity appreciated in Caracas, a city where having security becomes in differential trait, where quotas of respect function as prestigious identity and where material success is a compulsive image of manhood. This model is not unique and unanimous; there are spaces for alternative models. In this study, is analyzed one of these models, the masculinity represented and built from the body, by which are studied experiences and subjectivities of male groups that concurs the street gyms in a city that not celebrates their social, psychological and corporeal characteristics.

**Keywords:** Masculinity, gender, violence, respect; corporeal; Caracas, personal identity; dynamics and cultural change.

---

1 Agradecimiento especial a Veronica Zubillaga (USB) por conducir con ejemplo y experiencia la manera de analizarme dentro de la etnografía que aquí se expone.

2 Antropólogo social (UCV). Investigador en el Centro de Investigación Social CISOR. Doctorando en Ciencias Sociales y Humanidades (USB).

*Ser leal al cuerpo es, también, aceptar totalmente su precariedad, sus cansancios, sus hastíos, esa tristeza que lo empapa a veces, como una oleada amarga que sube hasta la boca, su torpeza –que a veces desemboca en una gracia compacta y plena–, su avidez –que es lo suficientemente sabia como para advertir, igualmente, la voluptuosidad de la desnudez y el despojamiento–, su horror a la muerte, su búsqueda de la verdad escueta del mundo, a la que pertenece íntegramente a través de la heterodoxia del deseo y de los imprevisibles caminos del instinto. Ser fiel al cuerpo es amar todo eso, pactar con todo eso. (Rojas Guardia, 1985, 81- 82)*

## **I**NTRODUCCIÓN: EL CONTEXTO MASCULINO DE LA CARACAS ACTUAL

La sociedad venezolana se encuentra franqueada por orientaciones culturales y lógicas de acción que se permutan entre lo global, lo local, lo tradicional, lo moderno, esto implica subjetividades ambiguas y contradictorias en los individuos (García Canclini, 2004). En el mismo movimiento, las categorías de género se encuentran transversalizadas en este proceso social donde las subjetividades deben ajustar proyectos masculinos y femeninos. Dichos proyectos de género son inherentes también a esta representación compleja, lo cual presupone arreglos sociales de orden económico, político y cultural, situación además enmarcada en un contexto histórico.

Entender esta complejidad en el proyecto masculino caraqueño es un punto a considerar en este estudio. Así pues, cualquier masculinidad, en un sentido tradicional, apuntaría a la capacidad de embarazar a una mujer, proveer la manutención económica de la familia y proteger a los suyos (Gilmore, 1990). Y siendo de esta manera, por ejemplo, ¿cómo se desempeñaría en Venezuela la figura del proveedor en un país en medio de una crisis económica? Desde esta simple perspectiva, el hombre venezolano se encontraría vulnerado –incluso desarmado– si se contempla esta dificultad material para organizar esta lógica varonil ante la mujer y la familia<sup>3</sup>. En un contexto complejo como el señalado, dicha respuesta sería insuficiente para comprender la trama social de la masculinidad.

---

3 Bourgois (2010) señala, en otro contexto cultural -los puertorriqueños de Nueva York-, como la pérdida del poder autoritario sobre la mujer tenía relación con la falla hogareña del hombre proveedor.

Así también, los hombres venezolanos no son los únicos reconocidos como agentes del mundo público. La realidad es que las mujeres han venido tomando poco a poco este terreno, considerando, de acuerdo con Gruson (2006), el mayor nivel educativo con respecto a los hombres y el aumento notable de la participación del sexo femenino en el mercado laboral (la población ocupada es 4 mujeres por cada 6 hombres para el año 2005). Esto sugiere un estallido del modelo de género tradicional en Venezuela, un recrudescimiento de lo simulado como ideal e incontables expectativas por concretar en las prácticas masculinas.

No en vano, la *nueva masculinidad valorada* está definida por la capacidad de controlar el entorno de manera tradicional y moderna a la vez, a través del dinero el hombre se posiciona como individuo admirable, proveedor y protector, posiciones apreciadas como ideales en un ambiente socio-histórico particular: la Caracas con una economía inestable pero altamente consumista, con grandes diferencias sociales propias del rentismo petrolero, con un debilitamiento del Estado y de los derechos sociales que este supone (vivienda, educación, empleo, salud), con un culto a la imagen que glorifica la ostentación de bienes, sin instituciones que garanticen la paz y la justicia, sin medios formales para construir civilidad y con una proliferación palpable de la ilegalidad como escenario cotidiano (Briceño Leon, 2002; Zubillaga, 2007). Esto agudiza un proceso conflictivo que tiene como centro a Caracas. Como muchas ciudades latinoamericanas, la ciudad capital de Venezuela, se encuentra marcada por la violencia producto de la extralimitación sin regulaciones penales y sin fuerzas de orden público capacitadas (policía), por los enfrentamientos entre pares como privatización de la venganza y por el aumento de la delincuencia como forma de vida (Tavares-dos-Santos, 1999). En esta circunstancia social se proyecta la compleja trama subjetiva de la masculinidad caraqueña, que además de tradicional y moderna, se circunscribe socialmente en la demostración del dominio (control) de las relaciones de la ciudad.

Dicho control masculino del entorno es deseado y coherente en un sistema de género, legitimado en las características de la sociedad caraqueña y llevada a la práctica por hombres y mujeres. Esta organización masculina no es un paradigma homogéneo, en el mismo se subrayan estructuras de poder en lo varonil, en consecuencia, se subordinan o marginan otras maneras alternativas de *ser o hacerse* hombre. En esta materia, Connell (1987) ha aplicado analíticamente la noción de hegemonía, permitiendo considerar modelos masculinos ideales o deseados, a partir de los cuales se jerarquizan otras masculinidades, normalmente subalternas según el grado de aceptación que disfruten en una colectividad.

En particular, este estudio se interesa por la organización de la hombría cuando no encuentra soportes que permitan desempeñar una hegemonía, así pues, la investigación pretende respuestas interpretativas de las siguientes preguntas ¿Qué estrategias ponen en acción ciertos varones cuyos recursos y disposiciones son una desventaja para desempeñar una masculinidad valorada? ¿Cómo se perfila la experiencia subjetiva de la masculinidad subalterna considerando sus desventajas culturales, económicas y políticas? ¿Qué significa *ser o hacerse* hombre en el campo semántico y vivencial de esta masculinidad subalterna?. Las respuestas darán pie a un examen del repliegue/despliegue de lo varonil únicamente desde el polo físico/corporal para subvertir desventajas sociales. Cuando la hombría se marca desde el cuerpo, se advierte una masculinidad que no consiente la subordinación dentro de las relaciones masculinas de poder. Se trata de una experiencia alternativa de hombría para enfrentar el desprecio generalizado de otros hombres y mujeres.

#### MASCULINIDAD SUBVALORADA Y RESPETO. APROXIMACIÓN TEÓRICA

La masculinidad actualmente no es analizada haciendo énfasis en las expectativas según dicotomías sexuales (Connell, 1987). De acuerdo con el feminismo psicológico, la masculinidad no es simple opuesto a la femineidad (Unger, 1998), existen muchos tipos de identidad en el interior de un sistema de género que avalúan diferentes formas de construcción masculina (Haywood y Mac and Ghail, 2003). Cabe aquí la consideración de Lorber (1994) en cuanto que el género (y su particularidad masculina) no es una característica que porta el individuo, sino un fenómeno relacional demarcado por la institucionalización de ciertas prácticas, es decir, que puede analizarse como una realidad histórica socialmente construida (Brickell, 1986).

De acuerdo con Lahire (1998), la sociología y la psicología social contemporánea tienen la suposición analítica de un individuo inserto en unidades sociales con sistemas relacionales propios, lo que en consecuencia, se traduce en una compleja ecología de ambientes de acción con lógicas psicosociales ajustadas al entorno, sea la familia, el trabajo, la universidad, la pareja, el grupo de pares, la iglesia o la calle. Esto implica una ordenación social donde los elementos que estructuran la acción del individuo son desemejantes.

La organización de la hombría reflejaría esta teoría. Los escenarios socializadores son importantes para comprender el sistema sociocultural

que construye el hombre en su propia dinámica y establecen los ideales que orientan los proyectos masculinos. Mas precisamente, el hecho de «hacerse hombre» es un aspiración social interceptada por múltiples discursos culturales (que hacen referencia al mundo del trabajo, la clase, la etnia, véase Kaufman, 1995), lo cual configura la acción de lo varonil en una organización espacial y temporal de prácticas dentro de un sistema de género (Connell, 1995). Dichas vivencias de masculinidad, aunque perceptibles sólo a nivel individual, se producen a través de las diferentes lógicas que albergan los escenarios de la vida social; así, el objetivo es analizar como el hombre «experimenta» el mundo a través del esfuerzo subjetivo de dar sentido a vivencias cada vez más heterogéneas (Dubet, 1994).

En esta dinámica se reflejan racionalidades, estrategias y sensaciones de las masculinidades alternativas frente a la masculinidad valorada en la ciudad de Caracas. Interesa en este caso la experiencia de menosprecio en el hombre, condicionada por diferentes escenarios relacionales y las disposiciones individuales (reflexivas o no) con respecto a esta situación. Así, este estudio subraya las acciones performativas de lo masculino como practica contra-hegemónica, en otros términos, los medios a través de los cuales los hombres pueden construirse (*perform*) en situaciones de menosprecio y deslegitimación social. Por ejemplo, los hombres que concurren a los gimnasios callejeros reclaman la *necesidad de respeto* cuando se sienten «por debajo» en la jerarquía de lo varonil. En adelante, las sensaciones de un joven motorizado cuando revela el valor de su dignidad masculina en el «encontronazo» con otro hombre:

...a mí no me importa cuánto [dinero] tenga ese tipo [haciendo referencia a un enfrentamiento por tráfico], lo que *yo quiero es que me respete*; no va a venir a echarme todas sus vainas encima, ni pisarme con ese carro, ni nada de esa güebonada. ¡Le puedo dar es una *coñaza* [golpiza] para que coja mínimo [delimitar la posición del otro] ese *güebon* [mequetrefe]! Que vaina es esa de que siempre quieran someterlo a uno por todo lo que tienen y uno se queda ahí como un *bolsa* [tonto], yo soy es mala conducta, ya diré yo que lo puedo poner a llorar igualito con toda su mierda, porque no sabe que aquí manda es *él más duro, él que tal* y no importa una mierda de donde venga el, ni su flux, ni un *coño emadre* (Simón / 28 años / Parque Los Caobos).

Es fácil ver que Simón entiende el respeto como soberanía masculina inalienable (*lo que yo quiero es que me respete*). En su discurso se evidencia un reclamo a su dignidad personal a conciencia de su dureza física (*él más duro*) y su entereza mental (*él que tal*), haciendo valer su hombría ante otro hombre mediante el uso de la fuerza o de la violencia física (*coñaza*) justificada a través de su desprecio (*güebon, coño emadre*).

¿Pero de qué habla Simón cuando alude al respeto? En términos antropológicos, es un concepto emparentado con la idea del honor investigada por Pitt-Rivers (1979) en las sociedades latinas del Mediterráneo. En esta ideología de lo social se exigen conductas honorables, preocupando a las personas por el valor que tienen sus acciones y por el juicio que tendrán los otros de las mismas. El honor es importante en una configuración tradicional u holista, es decir, donde los valores colectivos prescriben la conciencia del individuo, son sociedades donde predomina el enaltecimiento de la familia, el linaje, la religión, entre otros fundamentos sociales (Dumont, 1967); el honor funciona bien en el contacto *cara a cara* y en la cercanía e intensidad relacional (véase la compilación de Peristiany, 1965).

El *hombre con honor* adquiere y se adhiere a una posición (quien la posee, la cuida y la demuestra; quien no, la desea y la envidia) en la cual no puede ser juzgado o retado, ni él, ni los suyos, ni su estirpe. Por otro lado, el *hombre de respeto* le interesa defender y reivindicar el honor individual como sujeto autónomo en el terreno político y social. Vidal (1999) demostró, en una investigación sobre una favela de Recife (Brasil), que el respeto es una categoría moral que se alista en dos disposiciones culturales; primeramente una disposición tradicional, puesto que utiliza la deferencia de las sociedades jerarquizadas; pero también es una disposición moderna, puesto que sugiere la libertad y la igualdad como derecho legítimo de convivencia social.

En una ciudad como Caracas, además de los adjetivos ya señalados, este hombre de respeto se maneja a través de códigos de una sociedad mediatizada y consumista (Zubillaga & Briceño León, 2001). Este escenario glorifica al hombre portador de signos de estatus social; expresiones caraqueñas tales como «¡la porta!» o «¡porta el estilo!» son comentarios atribuidos al varón respetado y poseedor de propiedades, vehículos de lujo, tecnologías costosas (móviles, laptops, equipos de sonido), ropas de marcas reconocidas, etcétera. El sentido común masculino no se pregunta por la condición moral del individuo portador de estos objetos, sino que identifica el control y la dominación de la economía consumista como característica de cualquier masculinidad digna de aprecio social (respetada).

Pero están los que no son respetados. El desprecio económico, político y cultural es un marco de acción donde la subjetividad es vulnerada en su propia aceptación (Dubet, 1987). En consecuencia, el modelo de hombría de nuestro interés está focalizado en el respeto como necesidad relacional cuando la *praxis de lo masculino* está amenazada por las circunstancias de existencia social (Bourgois, 2010), ó sea, la respetabilidad como acto de (re)construcción de una identidad masculina cuando esta peligra con «desvanecerse» (fragilizada) en contextos adversos para comprobar su autenticidad.



Figura 1. Descansando después de la rutina (Agosto 2013) © Henry Moncrieff

Alejandro (40 años), vive en La Vega y es motorizado, comenta muy jocoso su carrera amorosa marcada por tres separaciones, al respecto, en una mañana lluviosa de junio 2013 me decía «lo mío es el cuerpo y el ejercicio, me relaja y no me importa es nada, ni mujer ni nada de esos peos». Esta fotografía es su avatar en redes sociales, dice gustarle por la rudeza que trasmite su pose y su rostro en el retrato. Puedo decir que es un gran atleta y mejor amigo, vigila mi rutina de entrenamiento y me saluda siempre eufórico en cuanto llego al parque ¡Llegó el hombre, llegó *El Henry*».

El funcionamiento de este respeto estipula la desmesura de la identidad varonil, manifestándose en el despliegue de conductas violentas,

en el mundo público e íntimo, cuando se busca afianzar de cualquier modo el rol masculino (Hearn, 1998). Esta violencia tiene sentido amplio, incluyendo cualquier conducta, tanto física como verbal, que tenga por acción dañar u ofender (Berkowitz, 1993). Dicha violencia de índole cotidiana, es decir interpersonal (se excluye de antemano las situaciones de guerra o los grandes conflictos entre grupos o instituciones) no es vista desde una visión moralista, o sea, no se repara aquí en juicios automáticos de connotación negativa. La violencia puede ser, en efecto, un hecho constructivo-cultural porque implica también escenarios sociales que son valorados como positivos en los grupos humanos (Laplantine, 1977): como son los fundamentos del respeto para el varón menospreciado. Este carácter paradójico de la violencia, entre lo destructivo y lo constructivo, tiñe las relaciones masculinas sobre otros hombres y sobre las mujeres. En este cariz se establece la búsqueda (desestructurada) de un sentido varonil dentro de una escenografía dramática y clamorosa, donde los actores ponen *en juego* su carrera moral en el cuerpo (hasta el hastío, e incluso la muerte) y la reputación (hasta la vergüenza) para construirse o verificarse como sujeto de hombría.

#### MÉTODO Y DISEÑO DEL ESTUDIO

La investigación ha sido realizada entre realidad empírica y conceptualización, asumiendo una lógica inductiva que procura hipótesis emergentes de casos empíricos, o, *grounded theory* para utilizar el término acuñado por Glaser & Strauss (1967). Los procedimientos etnográficos (*observación participante*), los métodos biográficos (*entrevista no directiva*) y el trabajo de campo *in situ* con una población específica (*grupos masculinos en gimnasios callejeros*), se aúnan para construir de manera inductiva un fenómeno social: la experiencia subjetiva de la masculinidad en situación de desventaja social en Caracas.

El área geográfica es la ciudad de Caracas, en la infraestructura municipal o autoproducida de los gimnasios callejeros. Los lugares de observación son el Parque La Paz, el Parque Los Caobos y el gimnasio popular de la Plaza La Candelaria. Estos límites representan, además, el alcance empírico y el punto de partida teórico de la investigación. Por otro lado, la unidad de análisis ha sido seleccionada de manera que pueda ilustrar el fenómeno en cuestión dentro de dimensiones espaciales y sociales bien específicas. A continuación se describen estas en detalle.

*Características espaciales de los gimnasios callejeros:* sitios al aire libre y de libre tránsito. Se encuentran en plazas, parques y explanadas; de carácter gratuito y su mantenimiento depende de los usuarios; evidente masculinización del lugar; son espacios de encuentro e interacción entre grupos masculinos y la población femenina es normalmente excluida; los usuarios son asiduos al lugar estableciendo vínculos de solidaridad e identidad entre los mismos; presencia de dinámicas callejeras delincuentes (tráfico de drogas, hurtos, bandas); visible estigmatización de los vecinos y tensión con otras lógicas comunitarias.

*Características sociales de los grupos masculinos que frecuentan gimnasios callejeros:* edades comprendidas entre 20 y 40 años; nivel educativo entre la instrucción básica y la instrucción diversificada; precariedad económica y desincorporación del mercado laboral; situación residencial inestable, entre la familia de origen y la pareja; practican entrenamientos autodidactas y no poseen cultura deportiva; actitud sobresaliente y orgullosa de su corporalidad.

El estudio privilegia la perspectiva de *near experience concepts* (conceptos vivenciales; cf. Agar, 1980). Dicho estilo permite percibir el modo en que los informantes concebían, vivían, experimentaban y asignaban contenido a una situación determinada. A raíz de esto, se atribuye importancia a la «asociación libre», es decir, se estima la forma en que el informante organiza su discurso en función del presente: sus deseos, sus proyectos y sus perspectivas en el momento de entrevista. Así, se descubren una serie de categorías propias de los actores (Barfield, 2000) que permiten discriminar, evaluar y contrastar, entre los hombres, experiencias que corroboran la existencia de una cultura masculina subvalorada en el sistema de género de Caracas. En el análisis se considera también la socialización que tuvo el etnógrafo dentro de la subcultura de las barras paralelas, experimentando cambios corporales, psicológicos y morales en una prolongada experiencia de terreno.

El autor cuenta con dos años y medio (desde julio 2011) ejercitándose diariamente en gimnasios callejeros y conviviendo con hombres en situación de menosprecio social. Esta vivencia lo llevo a entender en «carne propia» las vicisitudes de esta situación de género, las lógicas de solidaridad y competencia entre hombres y las conversaciones cotidianas que reflejan un sistema de vida masculino. En este tiempo, el investigador ha

experimentado cambios corporales notables como el aumento de su musculación y pérdida de peso (12 kilogramos). Lo que comenzó como curiosidad por la cultura física, se ha transformado en rutina debido a la cercanía de un gimnasio a las oficinas del Centro de Investigación Social CISOR, donde es investigador a tiempo completo.

Estudios recientes en Venezuela han asociado esta subvaloración masculina con lógicas culturales propias de la exclusión social (Moreno, 2011; Zubillaga, 2007). En estos estudios, la masculinidad está comprendida como una relación *entre hombres* (la culebra, por ejemplo), en esta visión se atribuye un peso considerable a la presentación viril desde la violencia. Por contraste, la investigación aquí propuesta está interesada en concebir al *hombre-como-hombre*. Un estudio donde los hombres son sujetos de género en diferentes aspectos descriptivos, entre los cuales destaca: todo lo que piensa y hace el hombre, todo lo que se hace o se piensa para considerarse hombre, todo lo que piensa el hombre de sí mismo, todo lo que hace el hombre para diferenciarse de la mujer y cualquier jerarquización para saber quién es «más hombre» que otro hombre. No en vano, se aclara que este análisis de la subjetividad masculina no considera el punto de vista femenino.

No se pretende hablar de masculinidad según la división sexual del trabajo o desde los espacios o escenarios atribuidos «naturalmente» a los hombres. Esta hipótesis ha sido rebatida. Por ejemplo, Godelier (1986) corroboró entre los Baruya de Nueva Guinea, que la división del trabajo entre hombres y mujeres presupone la dominación masculina, en tanto las diferencias de género no están establecidas de antemano por la economía. Los estudios sobre la matrifocalidad en Guayana de Smith (1956), ponen en entredicho el papel del hombre como administrador del hogar, así como Lomnitz & Perez-Lizaur (1987) cuestionan el poder masculino en el ámbito familiar y extrafamiliar examinando la historia de la elite de Ciudad de México.

En la presente investigación se replantea, así, el hecho de que las masculinidades son homogéneas o naturalizadas desde el trabajo, la violencia u otros escenarios sociales. La experiencia masculina es vista en su subordinación y menosprecio, ilustrando los esquemas de acción sintetizados en la hombría, es decir, se destacan las cualidades de una experiencia marcada por el desprecio de sus aspectos culturales masculinos en la ciudad de Caracas. Poniendo atención, de este modo, en el carácter subjetivo (*hombre-como-hombre*) que tiene la masculinidad subvalorada en la estructura de género venezolana.

En la etnografía se dibujan las formas socioculturales que vehiculan posibilidades y limitaciones de esta masculinidad. En la redacción se

privilegia la transcripción textual de lo verbalizado, posteriormente se insertan las interpretaciones respectivas y el análisis teórico. La vida de los sujetos es contada en contexto, haciendo notar que sus biografías pertenecen a una realidad más abarcadora. De esta manera, lo narrado tiene carácter polifónico (multivocal): no se trató cada recorrido vital por separado, más bien se entrecruzaron las referencias de diferentes personas para recrear la vida social (Bertaux, 1997). Estos relatos de vida se encuentran enmarcados en descripciones etnográficas, análisis socio-antropológicos e interpretaciones personales siempre con la finalidad de comunicar, como otro hombre más, lo percibido, lo vivido y lo elemental del mundo de los gimnasios callejeros. De esta forma se intentan mostrar las lógicas sociales y las emociones interiores de quienes utilizan la labor corporal como fórmula de hombría.

Toda la información recopilada ha sido almacenada y respaldada a través de grabaciones, transcripciones, notas de terreno, fotografías, diarios de campo y croquis. Dichos datos fueron procesados con la ayuda del software *Atlas.ti* (versión 6.2), recurso computacional donde se creó una base de datos y árboles semánticos para clasificar el material empírico. Se hace la salvedad de que los nombres utilizados son ficticios para proteger la identidad de los informantes.

#### LA HOMBRÍA EN EL CUERPO O LA MASCULINIDAD RESGUARDADA EN EL GIMNASIO CALLEJERO

La presente investigación analiza la experiencia masculina en el ambiente callejero de los gimnasios y paralelas de Caracas. En este proceso, a la vez antropológico y sociológico, se intentan explicar las características del desprecio a ciertas masculinidades en el sistema de género venezolano, ¿cómo revierte esto en la vida de los hombres?, ¿cómo intentan solucionar una identidad masculina mediante lógicas corporales de respeto?, ¿cómo la violencia estructura su codificación frustrada sobre el mundo?.

Los gimnasios callejeros son lugares que establecen «vínculos masculinos» (*male bonding*) en el sentido propuesto por Tiger (1984), es decir, sitios de encuentro que excluyen a las mujeres, por tanto, ocasión propicia para construir amistades, cooperaciones, solidaridades y competencias que provocan intereses, ambiciones y afectos naturalmente varoniles. Se trata de una circunstancia homosocial, estudiada en otras latitudes en cafés o bares para consumir alcohol (Duneier, 1992; Limon, 1994; Marshall, 1979) y actividades deportivas típicamente masculinas como la lucha y el boxeo (Alter, 1992; Wacquant, 2006). En esta lógica homo,

los hombres compiten e inquietan dentro de jerarquías de masculinidad donde lo importante es «quien es más varonil que quien». La homosociabilidad de estos gimnasios es buen refugio para ciertos grupos masculinos (en adelante *los barreros*) afectados por el menosprecio de un sistema de género que pone en duda su valor como hombres.



**Figura 2.** Más peso, más cuerpo (Agosto 2013) © Henry Moncrieff

Una tarde de agosto de 2013 y con cuatro años de entrenamiento, Enrique (29) se haya listo para cargar un peso adicional en *barra dominada*. Esta acción incluye una demostración de fuerza ante la presencia de otros compañeros de rutina. Se aprecia aquí una relación simbólica entre capacidad muscular y masculinidad, proceso que se torna evidente al simular prominentes testículos (dos envases de plástico de 15 kilos de arena amarados a la cintura). Esta práctica tiene mérito notorio por la fuerza aplicada. Lo compruebo ese mismo día, después del registro fotográfico acepto un *reto*: medir mi fuerza con la de Enrique ante la mirada de otros hombres. Me amarré los «testículos» con dificultad e incomodidad y en mi mejor intento apenas cinco repeticiones; me siento *tres veces menos hombre* que Enrique cuando este logra veinte repeticiones ante la atónita audiencia («hizo tres veces más que tú» imputó alguien sobre este hecho).

El trabajo etnográfico permitió ahondar en este refugio masculino. Se recogieron datos de la simbología, la subjetividad y la semántica expresiva de la hombría en un escenario de vulnerabilidad cultural, donde el respeto se considera como demanda personal de reconocimiento, concesión y atención de identidad masculina desde lo corporal. Razonablemente, dichos datos advierten lógicas sociales que estructuran la experiencia del hombre cuando este no haya sentido de realización e intenta asumir una reivindicación de su masculinidad desde un nuevo punto de vista. Es posible identificar cierto patrón en los hombres estudiados más allá de lo gimnástico; en estos grupos masculinos la finalidad no es como tal el deporte, su práctica física sirve en beneficio de la construcción de su hombría.

Desde el ángulo corporal se enuncia la expresión varonil, siendo la misma activada desde la frustración de no reconocerse en el sistema de género tradicionalmente valorado, donde el hombre es protector, proveedor, controlador de féminas (machismo), respetable por su éxito económico, en otros términos, socialmente «honorable» dentro del canon cultural apreciado. La trama emocional de los gimnasios callejeros configura la semántica de una masculinidad fragilizada por el entorno social, siendo la frustración un elemento psicológico y relacional clave para explicar la cotidianidad de estos varones. En las conversaciones han sido temas importantes las presiones al género, como son el éxito económico y la incapacidad de controlar el entorno, manifestando la nombrada frustración masculina (*lógica a*); que la violencia entre hombres motoriza la sensación frustrada en el gimnasio (*lógica b*); que la rutina del ejercicio funciona como escape/drenaje de la frustración (*lógica c*). Estas lógicas de frustración se muestran a continuación por medio de relatos de clamor varonil, las mismas no hacen referencia a un orden jerárquico y/o secuencial, sino a la estructura fenomenológica de una masculinidad frustrada.

#### a) El inicio de la frustración

H.M: Dime algo hermano, ¿te has sentido mal por no ganar tanta plata?

J.A.: Sí vale, claro, yo me he sentido mal. Lo que pasa es que uno no lo quieren si no tiene que dar, ni la mama de uno te quiere sin plata. Pero así es la vida, ¿qué más?

H.M: Es algo difícil de entender...

J.A.: Jodido es que lo pienses todos los días, a mi no me queda es nada que hacer, ya yo lo acepte... Tengo un trabajito por aquí, otro por allá, si yo tuviera sueldo fijo, hasta tendría para

pagarle el colegio a los chamos y me quisiera la mujer, pero no hay nada que hacer. (*José Antonio / 33 años / Parque La Paz*).

H.M: ¿Qué es lo que te arreacha [molesta]?

A.: Que la gente sea tan interesada compay, coño es que todo el mundo lo que lo ve es a uno por la pinta. Coño no ven más nada sino eso, a mi me ven es la moto, sin moto no hay vida, no hay geva, no hay un coño. ¡Yo valgo más que esta moto!

H.M: ¿Pero y entonces la moto es más importante que tú?

A.: Yo creo, pero la nota es saber qué es lo que, que es lo que la gente quiere. Yo no soy nadie pero tengo moto, soy más al menos que el que no tiene. Igualito cualquier carajo [hombre] se ve mejor con un flux, una pinta y tal, comiendo en restaurant, firmándose una por ahí, esa vaina no la tengo por ser pelabolas [pobre]. (*Alejandro / 40 años / Parque La Paz*).

H.M: Échame ese cuento del otro día, el de tu ex...

J.: Nada pues, ya yo te dije que esa tipa no me atendía ni siquiera, todo era un escándalo porque no llevaba plata y le daba a la mama de mis hijos. Un día se arreacho [molesto] y me saco de la casa, así no más porque empezó a salir con un «millonario» según ella. (*Jackson / 28 años / Plaza La Candelaria*).

#### **b) La escenificación de la frustración (el respeto)**

[Minutos después de una pelea con otro barrero]

H.M: ¿Pero cuál es tu peo [problema] si todos somos hermanos aquí, él era tu pana no?

J.: Pues coño se metió conmigo, no es hermano mío un coño, me anda viendo desde la semana pasada, discutimos, me miró mal, me reviró y se la tenía jurada...

H.M: ¿Por qué se la juraste vale?

J.: No me voy a quedar así pues, ya te dije que aquí uno tiene que hacerse respetar sino piensan que tú eres del otro lado [homosexual]... No me la voy a calar más pues, no me la calo y listo.

H.M: ¿Qué no te calas qué?

J: Ya yo te conté lo que me hizo mi ex mujer.

H.M: Ajá

J: Bueno eso, deja de preguntar, sino te descargo a ti...

[Han pasado 2 meses desde la conversación que tuve con Jackson después de la golpiza. Luego de esto comenzaron las sesiones de intensas miradas conmigo. Podría pensar que tuvo un impasse parecido con el otro hombre con quien se fue a golpes. Nota de campo: Diciembre 2012] (*Jackson* / 28 años / Plaza La Candelaria).

**H.M:** Así que las barras sirven para descargar...

**E:** Yo he visto aquí de todo, desde hace 10 años he estado y separado muchas peleas entre los carajos que vienen para acá. Las peleas no son siempre, todo comienza cuando empiezan a verse y todo el cuento en las barras para hacerse ver fuerte, para ver quién es el más bravo. Eso no está mal, sirve para entrenar entre todos. Es energía pura. Pero bueno, a veces la vaina no da abasto porque alguno viene ya arrecho de su casa, y por cualquier vaina se dan sus tundas [golpes] y listo. Siempre pasa lo mismo, así que no te asustes chamo, esto es algo normal, para liberar algo de tensión. Deberíamos activar un ring de boxeo para que sea más legal. (*Ernesto* / 43 años / Parque Los Caobos)

### c) La salida de la frustración

**H.M:** Hacer ejercicio todo el tiempo me hace sentir bien...

**A.:** Claro compadre, aquí yo alivio mis cosas, uno aquí entre los panas puede hablar de las cosas de uno, joder pues, no todo es hacer ejercicio y darse duro ahí. También es un descanso para la vida que uno lleva, uno se fortalece porque a los hombres nos tienen pisados que si la mujer, el trabajo, cualquier peo por ahí.

**H.M:** Asimismo mi pana, entiendo el punto...

**A.:** Si te pones a ver, si yo no vengo para acá estaría bien loco que si en mi casa o cayéndome a curda [bebiendo alcohol], todo gordo y panzón [risas]. Es que así nos quieren tener las mujeres, destruirte metido en la casa para que a uno ni lo miren... Yo me sentía antes como coñasiado [golpeado] cada vez que me paraba, ahora me siento chévere. (*Alejandro* / 40 años / Parque La Paz).

**H.M:** ¿Qué te hace venir todos los días?

A.: La misma pregunta me hicieron el otro día unos panas de Cotiza, con los que trabajo en la construcción. Yo les dije que para echar vaina, porque eso de andar frisando todo el día es bien pesado ¿ves? Yo como no gano mucha plata, debo rebuscarme por ahí. Rebuscarse no es solo ganar plata, sino también cuadrar una mujer, y otra, yo como no tengo nada, tengo mujeres y eso se lo debo al gimnasio. Por eso yo vengo para acá pensando en el culito que me voy a encontrar, a ellas les gusta mucho el físico ¿ves?

H.M: ¿Ósea que vienes para acá por mujeres?

A.: Claro en parte, pero es sobre todo para salirse de la rutina, de hacer lo mismo todos los días, no me siento bien con mi vida, por eso se la dedico al cuerpo. Soy hombre en el cuerpo, en el gimnasio ¿ves? Porque aquí lo que vale es eso y no el tamaño de tu bolsillo. (*Asdrúbal* / 25 años / Plaza La Candelaria)

Como se aprecia, para subvertir desventajas sociales, los *hombres de las paralelas* despliegan estrategias de compensación, competición y motivación corporal dentro de las lógicas anteriores. Además, la trama invisible de frustración dibuja en el gym una preocupación por el desempeño de la facultad física y el orgullo agresivo.

En cinco meses de instrucción física en *las paralelas* todo tiene la misma apariencia, mi cuerpo no cambia y poco entiendo de estos hombres, solo sé que vienen de La Vega y sectores vecinos a El Paraíso. No capto bien lo que pasa aunque siento que no encajo, nadie me mira a los ojos, tan solo se encuentran realizando ejercicios metódicamente, de no ser así, prefieren experimentar con un compañero nuevos métodos o rutinas (aumento de potencia, cargar más peso, etcétera). A ciencia cierta, mi comunicación con David y Luis a menudo se resume en apoyo moral para mejorar mi apariencia con más ejercicio, la meta es no sentir vergüenza al quitarme la camisa o «mostrar la papa» como dicen ellos.

Recuerdo a un hombre de 30 años, moreno y de cuerpo evidente-mente trabajado, tenía una rutina muy marcada: llega al parque, saluda a los otros hombres con mirada retadora – quizás también tímida- y enseguida se quita la camisa con pretensión o altivez; la coloca en una barra, la hace suya en ese

momento y aparta a los otros hombres de alrededor – incluyéndome-. Mi expresión de sobresalto es detectada por un compañero de ejercicio con más experiencia, puntualiza «a ese le dicen Bam-Bam». La vida en las barras comienza por mostrar el cuerpo, esta armadura se lleva con orgullo, si no, no estás dentro, no tienes derecho a estar en el «circulo de barreros» (*Nota de terreno* / Diciembre 2011 / Parque La Paz).

La narración etnográfica anterior describe el ambiente de *las paralelas* como arena de batalla por el respeto, un campo de lucha microsocia para escenificar lo varonil, pero aún más importante, la instancia gimnastica/corporal indica una exploración subjetiva acerca de ser hombres, donde se instituye la relación de ser hombre con la reivindicación de sí, donde se busca y se practican varios métodos de poder (externos al sistema de género imperante) sobre otros hombres, es decir, como agencia de normalización social de formas alternativas de política masculina.

Hace un tiempo no entendía porque los muchachos se tomaban los 350 ml. de agua fría que llevaba para entrenar en la mañana, sin excepción esto sucedía en los días más concurridos. Lo interesante es que, al volverse una costumbre grupal, ni siquiera me la pedían. Dicho relacionamiento asimétrico vuelve aparecer en días recientes, esta vez más claramente marcado en otras situaciones que he vivido.

El consumo de cambur es común, el potasio es necesario para entrenar y evitar ciertos desgastes físicos. De ahí que la semana pasada presencié cuando uno de los muchachos le daba cambur «pelado» a un nuevo miembro de las barras, ridiculizándolo en su hombría y homosexualizándolo con la connotación falocéntrica de la fruta. Lo cierto es que «el nuevo» debe adoptar una condición minusvalorada para afiliarse al grupo, tal como inconscientemente hice yo mismo con mi agua. Es curioso que ayer, al hombre agresor, le robaron los cambures ante la mirada de todos, el ladrón era notablemente fornido y con el carácter de un líder.

A través de estas experiencias empiezo a ser consciente de como he modificado mi conducta en las barras. He endurecido mi presentación ante el mundo, mi apariencia ya no es el de un hombre corporalmente frágil lo que deviene en obtener el respeto de otros hombres, que es lo mismo que recuperar mis

350ml. de agua para mi consumo particular y el hombre de los cambures me regale fruta sin el dichoso gesto. (*Nota de terreno* / Septiembre 2013 / Parque La Paz).

En la reflexión anterior se aprecia como la dignidad física es apreciada para explorar el respeto como constituyente de identidad. Como la vida social es angustiante para un barrero que no ha alcanzado sus proyectos masculinos, la hombría cada vez se intenta marcar superficialmente, esto es el cuerpo en el gimnasio, en la calle, en el trabajo, en la casa. Ante la sensación de subalternidad producida por el fracaso social, los grupos masculinos estudiados desarrollan una identidad corporal en su doble relación de arraigo y de oposición a la calle. Hacer ejercicio es un enfrentamiento consigo mismo desde la modificación corporal y mental, abriendo la brecha de sentirse hombre sujeto de vigor, prestigio y honor ante los otros. Este programa de vida se ejecuta únicamente en el espacio de ejercicio (sea unas barras o sea un gimnasio callejero), pequeño mundo representado artificialmente para construir una masculinidad ideal más allá de los códigos sociales exteriores.

Cuando vengo a hacer ejercicios no importa el peo de la calle, importa es mi cuerpo. Echarle bolas es lo mío desde que llego hasta que termino, uno tiene su modelo y su motivación en los otros camaradas, uno reta callado con otro hombre, se dan las rondas, es tu compañero de ejercicio un día, tuviste tu reto y sales vivo. [...] Aquí en las barras no te van a matar como en la calle, porque ya uno no se puede *retar de caballero* con otro tipo, ya no hay hombres de verdad ¿sabes? Porque aquí en Caracas no hay lealtad, no hay juego limpio mi pana, todo se ha desvirtuado con las armas y la plata. Cuando tú te das una de caballero tú le muestras al otro que peleas limpio, con el cuerpo, sin *ratada* [mala jugada]. Uno pelea por una geva, para ver quién es quien, por lo que sea. El peo es que te matan, tú no sabes quien la porta y te deja frito como un güebon [tonto]. Por eso esto es para ser sano, yo vengo acá para ser caballero pues, para que me respeten al menos aquí ya que no lo consigo en otro lugar donde todo sea deslealtad. (*Amilcar* / 30 años / Parque Los Caobos).

El gym es propicio para rituales de violencia controlada con otros hombres, en tanto, es salvaguardo de la agresividad de la ciudad (con sus

desaires y enfrentamientos sin límite) o del mercado de trabajo poco calificado o de las economías masculinas subterráneas (las apuestas, por ejemplo) o, peor aún, del sentirse incapaz en la inactividad y la vagancia de la calle. En general, para estos hombres, el entrenamiento responsable del cuerpo es la oportunidad de reivindicar, en el campo homosocial de las barras, una experiencia descompuesta por el menosprecio de su hombría.

Como se ve, la acentuación de ciertos atributos permite invertir las amenazas a la dignidad varonil, incluso hasta sobreponerse en situaciones de menosprecio social. Estos atributos pueden ser reactivos al sistema de género imperante, de allí que se destaquen las características y habilidades psicológicas y corporales sobresalientes para cimentar una hombría orgullosa fuera de la hegemonía masculina de la ciudad de Caracas.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

#### LA MASCULINIDAD CORPORAL EN UNA CIUDAD COMO CARACAS.

Hasta ahora se ha visto como el *culto por el cuerpo* en barras y gimnasios callejeros sirve de escudo para la mala fortuna social. Pero los ideales de estas masculinidades se ponen en entredicho al estrellarse con la reconstrucción varonil del *gym*. La organización de la hombría es alternativa en dicho espacio, dinamizada por el vigor corporal, el orgullo físico y la ética guerrera. El *barrero* se compromete con lógicas contraculturales frente a lo dictado desde el sistema hegemónico de género. Sin embargo, la ganancia en masculinidad de los hombres de las barras no implica que lo hegemónico sea sobrepasado, interesa aquí es el *funcionamiento tensional* creado entre los diferentes discursos de lo masculino.

Hace algunos días que viene una pareja joven a trotar y a hacer algo de ejercicio en el parque. La mujer, francamente hermosa, despertó el interés de los muchachos. Se volvió costumbre hablar de ella en los entrenamientos, entre ensoñaciones sexuales y deseos de raptó, se confrontaban con su novio o esposo. Este último parecía ser de buena posición económica, por el vehículo de lujo que estacionaba y «ostentaba» en el parque.

Una mañana fría y lluviosa de diciembre éramos apenas tres hombres entrenando en el parque. La pareja comete el «error» de acercarse a la zona de entrenamiento. Me da la impresión de que el hombre en un gesto de galantería con la mujer,

emprende ejercicios de dominadas en las barras que estábamos utilizando frente a la mirada de su compañera. Casi instantáneamente empezaron los muchachos a realizar rutinas energéticas frente a la pareja, invitándome a participar con la orden «!tu también mi pana, en su cara!». Procedo a ejecutar el ejercicio de costumbre y, de pronto, la pareja de la mujer me propina una serie de insultos, presumo que por ser el hombre con la apariencia más frágil.

La reacción de los barreros no se dejó esperar devolviendo los insultos y afirmándose a sí mismos con una actitud retadora y belicosa. Entre el toma y dame de palabras, llamó mi atención la frase «¡vete de aquí con tu camioneta marico, esto no es para ti!». (*Nota de terreno / Diciembre 2013 / Parque Los Caobos*)

De esta anécdota se rescata algo importante. En un mismo acto se piensa como homosexual y se rechaza el status social del hombre externo. Dicho mecanismo funciona para probar los lazos de solidaridad entre barreros y reafirmar los atributos corporales de la masculinidad en el gimnasio callejero. El comportamiento defensivo ante el mundo exterior descubre las tensiones de la hombría barrera con otras maneras de actuar masculino, el rechazo al status social encubre la envidia ante el éxito económico de otros hombres y la «homosexualización» de los mismos es un método de masculinización y autovaloración de la masculinidad propia. Esta idea se acerca a las representaciones sociales de los contextos coloniales, donde es evidente una desmasculinización de los colonizados y una hipermasculinización de los colonos (Stoler, 1991).

La confrontación entre el mundo interno y el mundo externo al *gym*, hace notar la fragilidad de la masculinidad barrera. Estos hombres se sienten minusvalorados, por debajo en el sistema de expectativas de su género, por tanto, replegados en el cuerpo como símil varonil, rechazan ser evaluados desde aquella imagen de proveedor en el hombre tradicional (Gilmore, 1990). Sin embargo, problematizan aspectos de la paternidad y la protección (normalmente de familiares y allegados) que los acercan discursivamente con la masculinidad valorada en Caracas, aunque los medios son marcadamente distintos, en tanto lo material no coordina la experiencia masculina sino únicamente lo corporal (incluye lo físico-genético). Un fragmento textual de entrevista sirve para ilustrar dicho fenómeno.

H.M: ¿Y cómo te ves como padre?

E.: Yo sé muy bien que tengo mis hijos mi pana, yo ya hice el deber de un hombre. Regar mis semillas. [...] Porque los hijos son siempre de la mujer, se quedan con ella porque necesitan ser criados.

H.M: ¿Les envías una mensualidad?

E.: Claro que si, cuando tengo, es que yo estoy muy presionado por la otra mujer. Pero cuando puedo les paso algo, a veces no se puede por la situación. Pero mis hijos cuentan conmigo para todo, cualquier peo que tengan ahí estoy yo con mi pecho por delante mi pana.

H.M: ¿Quieres decir que los proteges?

E.: Para eso es un hombre, para proteger a su familia... Aquí yo estoy consciente mi pana de que estoy listo para cualquier vaina, que yo evito peos con mi presencia porque la porto, siempre meto miedo. Así es que he resuelto peos en mi familia, en mi casa, en el barrio... Yo estoy pendiente de que no le pase nada a los míos, y el que se meta con alguno lo voy a joder. Yo que te lo digo...

H.M: ¿Y a tus hijos que les enseñas para defenderse?

E.: Que vengan para acá, que vengan a hacer ejercicio con el papá, para que vayan aprendiendo como es la cosa entre los hombres. Yo no soy un papa que les pasa real y ya, yo los crio a ellos a que sean hombrecitos desde chiquitos aquí en las barras... (*Ernesto / 43 años / Parque Los Caobos*).

Quando se inquiere en las razones de esta actitud corporalizada aparece un ego defensivo de cara al mundo. Por eso se trata de masculinidades en deuda, estructuradas desde el discurso de la falta. En consecuencia, la lógica corporal no es más que un eje de semánticas expresivas que buscan reestructurar la personalidad fuera de contextos adversos. Las barras son un espacio para reorganizar *la hombría en el cuerpo*, sirviendo para enfrentar con ímpetu la adversidad de sentirse negado por las relaciones sociales (Honneth, 1989).

Los gimnasios urbanos aíslan de la calle a estos hombres, funcionan como escudo de las codificaciones culturales amenazantes de su género. La ejercitación es, por lo general, un «respiro» para reconstruirse personalmente a través de una rutina colmada de vigor, y así, fuera de la existencia cotidiana de la ciudad, redimensionarse en una escuela moral de respeto.

¿Pero qué dicen estos varones cuando intentan ser respetados en el mundo externo? Entre los hombres que se entrenan en gimnasios callejeros

las conversaciones transitan en historias de peleas, hazañas turbias y anécdotas delictivas que asoman superficialmente la «espectacularidad de lo masculino»: «yo si soy bien arrecho en la calle, nadie me pasa por encima, sino... ¡lo jodo! y... patada y coñazos con ese» (*Juan / 28 años / Parque La Paz*). Esto señala el subterfugio de frustración que imagina lo masculino cuando intenta controlar la calle. Este énfasis por avasallar y sacar provecho de la público, esta necesidad por hacerse hombre en el barrio y en la calle (Zubillaga & Briceño León, 2001), contrasta con la imagen masculina de quienes detentan el éxito material en la ciudad de Caracas, aquellos pocos considerados «honorables» o «intachables», aquellos mismos que, en palabras de uno de los hombres que frecuentan un parque de entrenamiento en el Centro de la ciudad: «todo lo hacen con su dinero: familia, amantes, camioneta, casa –aquí, en la playa, en Miami-, ¡ah! y dólares... (*continúa*)» y no necesitan legitimar su hombría mediante lógicas de violencia o agresión física de los otros «(*sigue*)... toda esa mierda lo pueden, y para remate, se defienden sin utilizar un arma, sin pelear, sin la cuerpa<sup>4</sup>, sin luchar por la vida» (*Pedro / 31 años / Plaza La Candelaria*).

Para estos hombres, el cuerpo es la mejor prueba de dignidad ante otros hombres y mujeres, la coraza necesaria para enfrentar al mundo con seguridad. La hombría barrera, como hipótesis de masculinidad subvalorada en el sistema de género imperante en Caracas, se encuentra caracterizada por la construcción de una alternativa masculina. Este modelo esta caracterizado por el acceso a un campo de relaciones (el *gym*) donde es posible medirse con hombres similares, obteniendo cuotas de respeto, esculpiendo el cuerpo y adquiriendo habilidades para asegurar la vida propia y de los suyos, desarrollando una actitud agresiva y violenta para enfrentar el mundo externo

La ciudad es este mundo. En Caracas los códigos y las normas del gimnasio dejan de existir, los hombres están comprometidos en relaciones sociales de profunda asimetría económica, política y cultural. Caracas, además, es un escenario violento para los hombres, con la oportunidad de agresión impune por los incapacidad de la instituciones de justicia y seguridad del Estado venezolano (Zubillaga, 2007).

En esta circunstancia social violenta se proyecta la masculinidad barrera, circunscrita a la idea de dominar (controlar) las relaciones sociales

4 La cuerpa: expresión cotidiana en Caracas utilizada por hombres para alabar o alardear la corporalidad; la voz es femenina para evitar la homosexualización esteta de verse a sí mismo como portador o admirador de belleza (normalmente de las féminas). Es interesante considerar que también forma parte del culto al cuerpo en ambientes gay.

de la ciudad. Una buena referencia para entender esta circunstancia es la evolución de la cifra de homicidios. En el curso de las últimas tres décadas, los homicidios han pasado de ser la séptima y octava causa de muerte durante los años ochenta y noventa, a ser en la actualidad la tercera causa de muerte. Las estadísticas reflejan que se trata de un problema masculino o relativo a la masculinidad, por tanto, de interés en esta investigación. Léase: la mortalidad por armas de fuego afecta principalmente a los hombres y es un fenómeno que viene creciendo en el tiempo. Para 1980, por cada mujer fallecida por arma de fuego mueren 13 hombres; para el año 2010 por cada mujer fallecida por arma de fuego mueren 20 hombres (Pernía & Zambrano, 2013).

Aunque esta realidad es nacional, no se manifiesta por igual en todos los sectores y estratos de la sociedad. Para los jóvenes de sexo masculino entre 15 y 24 años que viven en zonas marginales, los homicidios constituyen la primera causa de muerte. Esta problemática no es la misma que acontece en otros países de la región, como la guerra entre pandillas en Centroamérica, las demostraciones de fuerza de carteles de la droga en México o el control por la venta de droga en las favelas de Brasil, así tampoco tiene asociación con movimientos subversivos, guerras civiles, etcétera. En el caso de Caracas, la violencia parece ser una forma relacional, una manera de resolver o dirimir diferencias sociales entre hombres.

Una institución sociocultural, mejor conocida como *culebra*, explica que dicha relación entre el hombre víctima y el hombre victimario forma parte de una trama de antagonismo masculino donde los intercambios intragenero buscan construir el respeto dentro de vínculos cargados de fuerte animosidad, de extrema desconfianza y de pugnacidad mortal (Zubillaga, 2008). Entiéndase, así, la tensión entre el repliegue gimnástico como escuela de hombría y el despliegue corporal masculino que esgrime Ernesto para afrontar su vida a través de *culebras* en la calle.

Uno se siente mal con la vida de vez en cuando, nada me sale bien, entre resolverse [económicamente], mi trabajo de vigilante que no paga nada, la geva y la mama de mis hijos, ¿Me captas? Siempre estoy abollado. Pareciera que a uno no lo quieren donde uno llega, todo es un peo, yo a veces digo que es preferible quedarme encerrado en la casa viendo televisión. [...] Pero algo si te digo mi pana, con toda certeza mi pana, yo después de tirarme unas barritas, voy por ahí y nadie se mete conmigo porque la porto, la actitud y todo eso se me ve... ando inflado, yo ni pendiente de nada porque miro para arriba,

nunca para abajo, ni para los lados, ando es resteadado por ahí, porque en este cuero [se hala la piel] no entra ni puñal ni un carajo. ¿Qué pasa? Que yo lo que tengo es pura arrechera [rabia], por eso la descargo con el cuerpo brother, si no, nada.

[...]

En la calle a mi me tienen es que respetar, eso lo he aprendido porque estoy viejo. Cuando yo es chamo uno no sabe hacerse respetar, por eso cuando yo comencé en las barras todo el mundo me jodía, hasta mi familia pues. Me tuve que dar ese coñazo [golpe] para hacerme respetar, y a todo el mundo me los llevo por delante, porque así es la vaina acá en Caracas, yo me monto es con mi cuerpo y mi actitud, yo no como tamaño, yo no como pistola. Él que me intente joder tiene *culebra* conmigo, y de ahí no hay vuelta porque voy a joderlo también. En la calle tengo *culebras*, yo me cuido el cuerpo por eso, uno nunca sabe... (Ernesto / 43 años / Parque Los Caobos).

El sentimiento de no cumplir con el ideal masculino, de proveedor y de protector, y con el estándar de la sociedad caraqueña, de éxito económico y de imagen impositiva reconocida, enfrasan a Ernesto –como tantos otros barreros- en una lógica de resistencia contracultural. Este hombre adquiere respeto ante los demás con su cuerpo, prepara su esquema físico contra el mundo, y, en el mismo proceso, concreta una *ética del guerrero* de intimidación a los otros. Esta *ética* involucra asumir la defensa personal por los propios medios, mientras el otro es estimado únicamente desde la desconfianza y la agresión. Elias (1999) investiga esta *ética* en la sociedad medieval, donde el uso de la violencia no se encontraba monopolizado por un poder central (el Estado, por ejemplo) y recaía en todos los individuos. De *los barreros*, como buenos guerreros, es frecuente oír que su cuerpo es el arma y es el blanco de todos los días:

Aquí lo que pasa es que la gente quiere coñazos [golpes] pero nadie se atreve a darlos, pero todo el mundo quiere, por eso vivimos en esta ciudad con tanto miedo. Por si eso pasa, yo ando fuerte, yo me entreno, me duele el cuerpo de hacerlo todos los días. ¿Tú no me has visto fajado todos los días en esta tortura? Y eso tú sabes que no es sólo para gustar a las *gevas* [mujeres] y toda esa *paja* [invento] que dicen... para mí, uno hace ejercicio *para evitar cualquier cosa*, pero si se da, ya yo advertí que pego es duro, tu sabes hermano, ¿o no? [Me toma

el hombro con fuerza]. (*Jackson* / 28 años / Plaza La Candelaria).

Para Jackson, la vida fuera de las barras resulta ser una batalla por hacerse respetar, implicando una exposición a una competitividad masculina de naturaleza no física, por lo cual, la postura defensiva ante el mundo es lo común. El *gym* funciona como una escuela de respeto masculino y la calle es el campo para hacer valer el respeto obtenido, esto lía al barrero en lógicas sociales que lo sobrepasan, en tanto que el respeto que acreditan es válido exclusivamente con otros barreros. La mentalidad de estos hombres, entonces, se halla muchas veces dislocada con la realidad. «Confinados» en su ética corporal, no pueden hacerse valer en otros registros masculinos sin lidiar con los dominios de lo que socialmente es apreciado (el éxito económico, sobre todo).

En otros términos, los varones subvalorados (como son los barreros aquí estudiados) quieren obtener respeto en una sociedad controlada por masculinidades hegemónicas que niegan su condición respetable. La facultad del barrero de constituirse en su propia existencia, de comprometerse con prácticas, de hacer elecciones, de verse liberado de las normas de género, no encuentra espacio ni tiene capacidad de estar con el mismo sistema social. La frustración, ya se ha dicho, aparece en el punto en que estos hombres no pueden reconocerse en sus acciones dentro de la realidad exterior al *gym*, la violencia física en la calle no es más que la expresión de una subjetividad contrariada, la visibilización de una «violencia simbólica» (indirecta, no física), que según Bourdieu y Passeron (1980), es referencia de prácticas de dominación no conscientes por los actores sociales, siendo por tanto cómplices de su posición subordinada.

Ante la insatisfacción de no cumplir con las expectativas del rol masculino, el barrero se repliega psicológicamente en lo físico y espacialmente en las barras o en el gimnasio. Una estrategia que lo encierra en prácticas sociales y corporales no reconocidas por los otros hombres y mujeres. La violencia es la salida inconsciente de estos hombres impedidos para ser actores en el sistema social de género dominante. Es así que las conductas violentas (imaginadas o reales) desenmascaran un profundo sentimiento de haber sido despreciado, descalificado, descartado, o, como lo dice un entrevistado en el gimnasio más representativo de la ciudad «por ejemplo, mira mi jefe, lo tiene todo y trata a uno como si no fuera gente [...] y eso si te digo, cuando no me dejan ser; que me pisan, que me joden, que me pasan sus vainas por encima, lo que me queda es someter a

esos *mamagüebos* [homosexuales] para que respeten» (*Pedro* / 31 años / Plaza La Candelaria).

La violencia, como argumenta Wieviorka (2001), es el camino para construirse y destruirse cuando la subjetividad se encuentra despreciada, cuando el individuo ni siquiera es reconocido como agente conflictual. Por esa razón, los varones de las barras, ante una estructura de género que los mantiene subordinados, se plantean romper dicha relación que los aqueja en una virtual destrucción del sistema. Estas conductas, llenas de falta de sentido y frustración, constriñen la experiencia masculina caraqueña en una violencia de cierta manera autodestructiva. Esto explica los costos humanos de hacerse respetar como hombre en una ciudad sin reglas claras para la convivencia.

En conclusión, los hombres que concurren en gimnasios callejeros, ilustran esta vida dominada por la frustración de no encontrar caminos sociales legítimos para organizar su masculinidad. Este grupo de hombres canalizan su energía de género en un mismo lugar, encontrando en lo corporal un sentido colectivo de lo varonil en una sociedad que no aplaude sus características personales. A través del estudio de estos sujetos, si bien no se pretende una explicación de la violencia, sino de la masculinidad, puede reconocerse también un camino no recorrido, un camino intermedio, una zona limítrofe, una bifurcación biográfica, entre la violencia delincuencia y la violencia regulada, es decir, un camino analítico entre la calle como destrucción de los hombres y el gimnasio como espacio para construirse como hombre.

### Referencias bibliográficas

- Agar, M. (1980). *The Professional Stranger: An Informal Introduction to Ethnography*. New York: Academic Press.
- Alter, J. (1992). *The Wrestler Body: identity and ideology in North India*. Berkeley: University of California Press.
- Barfield, T. (2000). *Diccionario de antropología*. México D.F.: Siglo XXI.
- Berkowitz, J. (1993). *Agression: it causes, consequences and control*. Boston: McGraw Hill.
- Bertaux, D. (1997). *Le récits de vie*. Paris: Nathan.
- Bourdieu, P., & Passeron, J. C. (2001). Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica. En P. Bourdieu, & J. C. Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Madrid: Popular, 15-85.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Briceño León, R. (2002). *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Briceño-León, R. (2001). La nueva violencia urbana en América Latina. *Sociologías* (8), 34-51.
- Brickell, C. (1986). The sociological construction of gender and sexuality. *The Sociological Review*, 54, 87-113.
- Connell, R. (1987). *Gender and Power*. United Kingdom: Polity Press.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- Dubet, F. (1987). *La Galere: jeunes en survie*. Paris: Points Actuels.
- Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. Paris: Seuil.
- Dumont, L. (1967). *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes*. Paris: Gallimard.
- Duneier, M. (1992). *Slim's Table: Race, Respectability and Masculinity*. Chicago: University of Chicago Press.
- Elias, N. (1999). *La civilisation des mœurs*. Paris: Pocket.
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- Gilmore, D. D. (1990). *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Heaven: Yale University Press.
- Godelier, M. (1986). *La production des grands hommes: pouvoir et domination masculine chez les Baruya de Nouvelle-Guinée*. Paris: Fayard.
- Gruson, A. (2006). *Morfología del empleo. Venezuela 1995-2005*. Caracas: CISOR.
- Haywood, C., & Mac and Ghail, M. (2003). *Men and Masculinities*. Buckingham: Open University Press Buckingham.
- Hearn, J. (1998). *The violence of men. How men talk about and how agencies respond to mens violence against women*. Thousand Oaks: Sage Heimer.
- Honneth, A. (1989). Integrite et Mepris: principes d'une morale de la reconnaissance. *Recherches Sociologiques*, 30 (2), 11-22.
- Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias conradictorias del poder entre los hombres. In *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Lahire, B. (1998). *L'homme pluriel. Les ressorts de l'action*. Paris: Nathan.
- Laplantine, F. (1977). *El filósofo y la violencia*. Madrid: EDAF.
- Limon, J. (1994). *Dancing with the Devil: Society and Cultural Poetics in Mexican-American South Texas*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Lomnitz, L., & Perez-Lizaur, M. (1987). *A Mexican Elite Family: 1820-1980*. Princenton: Princenton University Press.
- Lorber, J. (1994). *Paradoxes of Gender*. New Heaven: Yale University Press.
- Marshall, M. (1979). *Weekend Warriors: Alcohol in a Micronesian Culture*. Palo Alto: Mayfield.
- Moreno, A. (2011). Investigando sobre violencia delincencial en Venezuela. *Revista IIPSI*, 14 (2), 271-276.
- Peristiany, J. (1965). *Honour and Shame. The Values of the Mediterranean Society*. Chicago: University of Chicago Press.

- Pernía, L., & Zambrano, A. (2013). Tres décadas de armas de fuego. *Venescopio* (32), 1-8.
- Pitt-Rivers, J. (1979). *Antropología del honor o política de los sexos. Ensayos de antropología mediterránea*. Barcelona: Crítica.
- Rojas Guardia, A. (1985). *El Dios de la Intemperie*. Caracas: Editorial Mandorla.
- Smith, R. (1956). *The Negro Family in British Guiana: Family Structure and Social Status in the Villages*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Stoler, A. L. (1991). Carnal Knowledge and Imperial Power: Gender, Race and Morality in Colonial Asia. In M. D. Leonardo, *Gender at the Crossroads of Knowledge: Feminist Anthropology in the Postmodern Era* (pp. 51-101). Berkeley: University of California Press.
- Tavares-Dos-Santos, J. V. (1999). Por una sociología da conflictualidad no tempo da globalização. In *Violências no tempo de globalização*. Sao Paulo: Editora Hucitec.
- Tiger, L. (1984). *Men in groups*. New York: Boyars.
- Unger, R. (1998). *Resisting gender: twenty-five years of feminist psychology*. Thousand Oaks: Sage.
- Vidal, D. (1999). Le respect: categorie du social, categorie du politique dans une favela de Recife. *Cultures et conflicts* (35), 95-124.
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wieviorka, M. (2001). La violencia: destrucción y construcción del sujeto. *Espacio Abierto*, 10 (3), 337-347.
- Zubillaga, V. (2007). Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de violenta de barrios de Caracas. *Espacio Abierto*, 16 (3), 577-608.
- Zubillaga, V. (2008). La culebra: una mirada etnográfica a la trama de antagonismo masculino entre jóvenes de vida violenta en Caracas. *Akademos*, 10 (1), 179-207.
- Zubillaga, V., & Briceño-León, R. (2001). Exclusión, masculinidad y respeto. Algunas claves para entender la violencia entre adolescente en barrios. *Nueva Sociedad* (173), 34-48.